

Philip G. Altbach es profesor investigador y director fundador del Centro para la Educación Superior Internacional de Boston College, EE. UU. Correo electrónico: altbach@bc.edu. Thierry Luescher es director de investigación de educación y capacitación postescolar en el Consejo de Investigación de Ciencias Humanas y profesor asociado en educación superior en la Universidad del Estado Libre, Sudáfrica. Correo electrónico: thierryluescher@hotmail.com.

siones se deterioraron en batallas callejeras con brutalidad policial, lo que provoca un factor de escalada, prolongado o de represión.

Y, por supuesto, las redes sociales, una fuerza poderosa entre los jóvenes y los estudiantes, se han convertido en la herramienta clave para crear conciencia y movilizar/organizar movimientos. Muchos de los movimientos estudiantiles más conocidos en la última década han generado campañas masivas en línea. El hashtag #FeesMustFall (los aranceles deben disminuir), que comenzó en Sudáfrica en 2015, fue tan pegadizo que los movimientos estudiantiles en India y Uganda lo utilizaron en octubre y noviembre de 2019 para hacer demandas similares. Para los gobiernos, el poder de las redes sociales en los movimientos sigue siendo un desafío y en muchos lugares la respuesta ha sido ralentizar el Internet o suspender las redes sociales.

El rol de los estudiantes

Los estudiantes han sido iniciadores clave en varios de los movimientos activistas recientes: Hong Kong e Irak son buenos ejemplos. En otros, como los "gilets jaunes" (chalecos amarillos) en Francia, los estudiantes no jugaron ningún rol en los orígenes del movimiento y no han sido una fuerza clave en todo momento. Sin embargo, la participación de los estudiantes no ha significado que los problemas relacionados con la educación sean un tema clave, incluso cuando los estudiantes son actores principales. Y es justo decir que, a diferencia de los movimientos activistas de los años 60, los estudiantes no han sido los factores centrales en todos los movimientos, pero al menos han estado apoyando en la mayoría y han sido líderes en algunos.

La década desde la Gran Recesión se inició con protestas estudiantiles. De hecho, aunque 2019 se ha convertido en el año internacional de las protestas callejeras, son los estudiantes los que comenzaron a salir a la calle, protestando por las políticas austeras y el aumento de la desigualdad social. El detonante ha sido los intentos de los gobiernos por privatizar cada vez más el costo de la educación superior como parte de las políticas austeras. Durante la década, en Bangladesh, Gran Bretaña, Chile, Alemania, India, Italia, Malasia, Quebec, Sudáfrica, Corea del Sur, Uganda, etc., en todos los continentes, ha habido protestas masivas de estudiantes reclamando por los aranceles. Otra dimensión, y quizás un precursor de las tendencias futuras, es la participación de los estudiantes secundarios en los movimientos activistas, y en algunos casos, como en Chile y Hong Kong, en las luchas políticas, pero llama la atención el creciente activismo ambiental en todo el mundo.

Lo que hemos presenciado en 2019 quizás no sea una revolución estudiantil como lo fue en 1968; podría ser mejor acuñado como una (r)evolución juvenil. Sin embargo, es innegable el rol fundamental de los estudiantes como grupo específico en los movimientos sociales de hoy, sobre todo en sus demandas por justicia social, las que son el preludio de la ola actual de activismo. ▲

Abstracto

Desde octubre de 2019, las protestas en Chile han expresado frustraciones comprensibles y, más desconcertantemente, una violencia brutal. Hay quienes valoran los acuerdos del pasado para fomentar la democracia y la reducción de la pobreza, y otros que solo ven la desigualdad y el estancamiento. Las comunidades académicas están desconcertadas y no han podido presentar propuestas consultivas para realizar un cambio constructivo

El estallido social de Chile: no sólo un movimiento estudiantil

Andrés Bernasconi y Pete Leihy

En los últimos meses, las protestas masivas han paralizado ciudades y países de todo el mundo. Normalmente tranquilo, Chile, líder en desarrollo económico en América Latina durante los últimos 30 años, ha sido sacudido por las protestas y la violencia. El 10 de octubre de 2019, se llevaron a cabo ataques coordinados y simultáneos en 118 estaciones del metro en la capital, Santiago. Como resultado, 25 estaciones fueron quemadas y 7 fueron completamente destruidas. Si bien estos ataques masivos y concentrados pueden ser realizados por una mente maestra, hasta ahora no se han encontrado pruebas de un actor o una agencia que lo haya llevado a cabo.

Después de estos sucesos, los manifestantes en todo el país han llevado su ira y frustraciones a las calles en protestas y marchas masivas. Esta vez, en lugar de futuros políticos de universidades y escuelas al mando de las protestas, grupos enmascarados lideraron los disturbios. Desde hace tres meses, elementos radicales violentos con agendas políticas desconocidas se han impuesto en centros comerciales, pequeñas empresas, supermercados e iglesias. La brigada antidisturbios está agobiada y la policía es incapaz de frenar los saqueos. El presidente de centroderecha, Sebastián Piñera, ordenó un estado de emergencia al comienzo de la crisis, lo que permitió a los militares llevar a cabo el orden público y la seguridad, pero los retiró después de siete días. Con docenas de denuncias por violaciones a los derechos humanos por parte de la policía y el ejército durante la fase más grave de la crisis en octubre y noviembre, Piñera ha sido precavido con el desagrado local e internacional por el uso de la fuerza.

Una nueva indignación

Si bien la chispa inicial de estos sucesos fue que los estudiantes secundarios saltaran en masa los torniquetes del metro después del aumento de la tarifa para adultos equivalente a \$0,40 dólares, la participación política de los estudiantes en forma organizada ha estado visiblemente ausente en estas movilizaciones.

Lo que es inusual, dado que los dos grandes episodios anteriores de manifestaciones callejeras masivas fueron iniciados y dirigidos por organizaciones estudiantiles. En 2006, los estudiantes secundarios cerraron las escuelas del país durante varios meses y protestaron contra la calidad de la educación pública y la creciente privatización y la orientación de mercado del sistema. En 2011, fue el turno de los estudiantes universitarios, los que protestaban contra la creciente deuda estudiantil, entre otros reclamos.

La situación es diferente ahora. La magnitud y la ira de los disturbios son totalmente inesperados y la falta de una causa unificadora clara es muy desconcertante. Los analistas políticos y los científicos sociales han propuesto tres tipos de hipótesis. Primero, ésta es una crisis de expectativas no satisfechas. Después de décadas de un crecimiento alto y constante, la economía se ha estancado y la "promesa" de movilidad ascendente bajo el capitalismo neoliberal no se está cumpliendo. Las masivas clases medias bajas se sienten marginadas. En segundo lugar, la creciente desigualdad de ingresos y, por lo tanto, de oportunidades, se siente en todo el espectro de los derechos sociales, desde la educación hasta la atención médica y las pensiones. La riqueza de unos pocos es considerada para muchos como una bofetada. Finalmente, hay una brecha generacional insuperable. Aquellos que vivieron y lucharon contra la dictadura de Pinochet, ahora en sus cincuenta y más años, valoran una democracia reconstruida durante 30 años, a pesar de todos sus defectos y retrasos. Aquellos criados en una generación posterior a un Chile democrático de ingresos medios, no se identifican tan afortunadamente con el pacto social actual y sus raíces, y prefieren comenzar de nuevo y establecer una nueva visión de sociedad. La constitución empresarial de 1980 promulgada por Pinochet (y muy modificada desde entonces) aún no es una queja nueva, pero ahora los chilenos se enfrentan a la urgencia de encontrar una alternativa constructiva y concreta, más allá de simplemente expresar su resentimiento.

Campus en tela de juicio

Las universidades, cuyas infraestructuras también se han quemado, están tan atónitas como otras. La política y la academia estudiantil solían estar a la vanguardia de los movimientos sociales en América Latina. Era un privilegio ser estudiante universitario e intelectualizar nuevas perspectivas generacionales. Sin embargo, algo parece haber cambiado, a medida que la educación superior se vuelve más común. En lugar de un espacio para reflexionar sobre la sociedad, la educación superior ahora parece ser un caso de desigualdad, mala gestión e irrelevancia. A medida que se cuestionan las instituciones de la sociedad, las universidades no están exentas de desprecio.

De hecho, en Chile, los estudiantes universitarios sienten que traicionan la causa si van a la facultad a pensar y debatir. No, la arena adecuada y moralmente legítima para que el estudiante presente su punto de vista es la calle, marchando y cantando con la gente. Los estudiantes dejaron de asistir a clases después de octubre, y sigue siendo incierto si se presentarán en marzo, cuando comience el nuevo período. Además, la prueba nacional de ingreso a la universidad, pospuesta dos veces debido al estallido, fue boicoteada y sabotada por estudiantes secundarios que irrumpieron en los pasillos e interrumpieron las pruebas desde el exterior. Por primera vez en la historia, un folleto completo de la prueba con preguntas y respuestas se filtraba por las redes sociales antes del examen, lo que obligó a los administradores de la prueba a cancelarla.

Las universidades, cuyas infraestructuras también se han quemado, están tan atónitas como otras

Andrés Bernasconi es profesor de educación en la Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, Chile. Correo electrónico: abernasconi@uc.cl. Pete Leihy es docente con grado postdoctoral en la Facultad de Educación, Pontificia Universidad Católica de Chile. Correo electrónico: peodair@gmail.com.

Estos son tiempos difíciles e inciertos para la educación superior y los jóvenes de Chile. Sin embargo, en medio del caos generado por la multitud, debemos recordar que las comunidades académicas aún son capaces de fomentar el idealismo, el debate y la reflexión. ▲

Protestas juveniles en el Líbano: "todos significa todos"

Adnan El Amine

Abstracto

El 17 de octubre de 2019, surgieron protestas masivas en el Líbano, pidiendo la renuncia de los líderes políticos del país que habían dominado su vida política durante tres décadas a través del mecenazgo y la corrupción. La agenda de los manifestantes incluía demandas para tener un gobierno independiente y un estado civil. La mayoría de los manifestantes eran jóvenes, con los estudiantes en el centro. Los estudiantes que participaron en las protestas pidieron el apoyo de la universidad pública y participaron activamente en grupos de debates diarios organizados en espacios públicos.

Durante tres décadas, de 1990 a 2019, seis líderes electos controlaron el sistema económico y político del Líbano. Muchos de ellos son jefes militares de la era de la guerra civil (1975-1990), cuyo poder les permitió evitar rendir cuentas. Aplique la teoría del juego y podrá comprender cómo surgió esta situación. Cada uno de los principales actores aparenta que está defendiendo los derechos de su comunidad sectaria a través del reparto de poder, con la amenaza implícita de que pueden movilizar a "su" gente contra los demás. De hecho, estos mismos líderes solían formar gobiernos bajo la consigna de "unidad nacional" para legitimar su liderazgo despótico dentro de cada comunidad.

El "reparto de poder" del sistema político libanés significó la aceptación mutua por parte de estos líderes de la interferencia política en todas las instituciones públicas, las capas de la administración pública (desde el liderazgo ejecutivo hasta los burócratas en un menor nivel) y los acuerdos públicos. Este mecenazgo y partidismo ha facilitado la corrupción a gran escala, contribuyendo al deterioro continuo de todos los servicios públicos y provocando una grave crisis económica.

El estallido de las protestas

Nadie podría haber imaginado, el 16 de octubre de 2019, que estos grandes líderes enfrentarían cánticos con la consigna "Todos significa todos. ¡Fuera!". Esta consigna animó las protestas masivas en todo el país, un nuevo suceso en la historia reciente del país.

En la tarde del jueves 17 de octubre, el gobierno tomó la decisión de imponer un nuevo impuesto a las llamadas de voz sobre Protocolo de Internet (VoIP), como las realizadas en FaceTime, Facebook y WhatsApp. En media hora, las calles estaban llenas de manifestantes. A las 11 de la noche del mismo día, el primer ministro anunció la cancelación del impuesto, pero las protestas han continuado durante meses.

Al cobrar impuesto por las llamadas VoIP, el gobierno parecía estar atacando a los jóvenes del país. Servicios como WhatsApp son un medio de comunicación gratuito para intercambiar mensajes, fotos, canciones, noticias, chistes, etc., donde las personas se divierten, socializan, tienen citas, organizan eventos sociales y se comunican con sus familiares, ya que todas las familias libanesas al menos tienen un familiar en el extranjero.

Los primeros en salir a la calle fueron los excluidos: los jóvenes marginados, los desempleados y los que no terminaron sus estudios. En otras palabras, aquellos que, en la tarde del 17 de octubre, probablemente estaban socializando en la calle o en un café popular. (Irónicamente, el funcionario que sugirió el impuesto es el ministro de comunicación quien es uno de los magnates de la clase empresarial libanesa y recientemente ha sido acusado por los medios de comunicación de realizar prácticas corruptas con una de las dos empresas de telecomunicaciones del país).

Los manifestantes que siguieron a continuación fueron jóvenes con diversos antecedentes sociales: estudiantes y titulados universitarios, hombres y mujeres, de todo el país. En el Líbano, los jóvenes entre 15 y 30 años, que ya no son niños, pero aún no están a cargo de una familia, constituyen una fracción considerable de la población total